

particulares deberá aplicarse la gran sentencia: *¿Qué aprovecha?*... Los sensuales, gulosos y demasiado amigos de su comodidad, podrán discurrir de esta manera: «Si todo el mundo no vale el daño que por él reciba nuestra alma; si no debemos pecar por todo el mundo con todos sus halagos, ciertamente menos deberemos causar, daño al alma por una pequeña comodidad, por una golosina que apenas paladeamos un momento: y si nada aprovecha gozar todas las delicias mundanas, ¿cuánto menos aprovechará halagar el cuerpo con un ligero placer? Y si, por último, el mundo todo y sus delicias deben ser despreciadas, más deberá serlo aún esa miserable satisfacción de gula y sensualidad.» Desde aquí podrá cada uno examinar más particularmente aquellas cosas en las cuales á impulsos de la sensualidad ó gula, halla frecuente motivo de pecado ó de defecto. Los que hallan difícil la vida recogida, aquellos para quienes ciertos actos son pesados, repugnantes y molestos en demasía, hasta el punto de hallar tal vez por ellos desabrida la vida recogida, podrán hacer aplicaciones de aquella verdad del modo siguiente: «Enseña Jesucristo que debe perderse el mundo antes de poner el alma en peligro. ¿No es, pues, justo que procure vencer con alegría esta dificultad, antes de perder el don preciosísimo de la vocación y la seguridad de mi salud eterna? ¿Qué me servirá haber evitado esa molestia, no haber llevado esa cruz, haber escapado la práctica de aquellos ejercicios desagradables á mi naturaleza, si causo daño á mi alma, perdiendo después la vocación y la salud espiritual, y por último debo sufrir eternamente penas acerbísimas?» Convendrá aquí descender todavía al examen más minucioso y detenido de las dificultades que se ofrecen más á menudo, que causan turbación y excitan la displicencia. De esta manera podrán hacerse aplicaciones diversas de la misma verdad según las necesidades que experimente cada uno arguyendo de la misma conclusión general otras particulares acomodadas á su estado.

En la meditación se ha de hacer como el herrero que tiene la barra en la fragua y piensa cómo le dará la forma... El hierro frío no se elabora bien; las obras del día sin la meditación, tampoco. Y tan importante es esta advertencia, que con razón puede decirse que el fruto de la meditación depende principalmente de su observancia.

VIII

MOTIVOS QUE INDUCEN Á LA OBRA

Conviene aquí atender y examinar los motivos que nos inducen á hacer lo que en la meditación hemos reconocido necesario, á fin de que sean más sólidos y eficaces los propósitos de mejor vida. La voluntad sigue al entendimiento; si éste no comprende la razón ó bondad de alguna cosa, aquella se siente poco inclinada á abrazarla. Ahora bien; los motivos para huir del vicio, para abrazar la virtud, y para vencer con denuedo las dificultades y molestias que se hallan en la práctica de aquello, son lo *decente*, lo *útil*, lo *agradable*, lo *fácil* lo *necesario*, y si algunos otros pueden encontrarse que muevan y exciten nuestro espíritu. Todos estos motivos ó algunos de ellos deben aplicarse á la meditación, para la resolución práctica que hemos inferido. Llamamos *decente* á lo que es conveniente y honesto; y así deberá ponderarse lo que importa que haga *el hombre racional, el cristiano, el clérigo ó sacerdote*. En todo esto hallará el que medita abundantes y poderosísimos motivos. Ni un solo momento debemos olvidar nuestro título de *cristianos*, que por sí solo es de grandísimo peso para inclinarnos á obrar bien. ¿Qué vicio, qué defecto, por ligero que sea, no deberá evitar aquel titularse y ser cristiano? ¿Qué virtud, más aun, qué perfección y santidad no deberá profesar el que se titula discípulo de Jesucristo, modelo de virtud y santidad? ¿Qué dificultades, qué molestias, más aun, qué desprecios, qué persecuciones no deberá superar y tolerar generosamente el que es discípulo de

con toda verdad á los clérigos que no tienen el espíritu de su vocación, y carecen del de humildad y obediencia. Más molesto es fomentar la soberbia en el corazón é imponer tenazmente la propia voluntad, que renunciar estos vicios, con cuya abnegación debilitamos y matamos aquellas serpientes que se nutren dentro de nosotros, y son causa de todas las tristezas y penas interiores mordiéndonos y atormentándonos á la primera contrariedad. ¡Y qué será si consideramos la gloria celestial? ¡Cuán fáciles deben parecernos las virtudes que nos alcanzan un premio eterno! Ligera es cualquier carga que llevo, atendido el grande bien que espero, decía el seráfico Padre San Francisco. Figurémonos, pues, estos y otros semejantes objetos, si nos espantan las dificultades del camino espiritual, si bien á las almas generosas antes les sirven de estímulo los mismos obstáculos para acometer con ardor cualquier empresa siendo para ellos motivo de placer la mayor dificultad en el obrar y las más graves molestias en el sufrir, cuando obran y sufren por aquel que tanto hizo y padeció por ellas, que merece ser amado con infinito amor, en tanto grado que hasta muriendo mil veces, debe creerse, y con razón, que se ha hecho poco en su obsequio.

Lo *necesario* comprende las graves causas por las cuales deberíamos observar puntualmente las resoluciones tomadas, por más que no fuesen útiles ni agradables, y por más que las hallásemos muy difíciles. «Si no observo esta doctrina seré infeliz, ó por lo menos quedará expuesto á gravísimos peligros. No es indiferente hacer ú omitir aquello que he resuelto, antes es indispensable llevarlo á cabo. Érale preciso á San Pablo ser un apóstol lleno de celo, como el mismo lo dice: *me apremia la necesidad de evangelizar, y ¡ay de mí si no lo hiciera!* Del propio modo debo decirme á mí mismo: ¡ay de mí si no soy humilde! ¡ay de mí si no soy obediente! ¡ay si no desprecio las vanidades del mundo! ¡ay si no me mortifico! ay si no aspiro seriamente á la perfección! Estos son deberes que

me impone mi vocación y mi estado, y si no procuro cumplirlos no me salvaré, ó por lo menos me expondré á grave riesgo de perdición. No hay arbitrio; si quiero ser sacerdote debo ser fiel, debo ser perfecto; no me basta decir que es bueno observar las reglas de perfección evangélica pensando que puedo impunemente no guardarlas ó descuidarlas; por el contrario, tengo absoluta necesidad de observarlas y cumplirlas, de otra suerte no puedo darme por seguro, y entonces ¡ay de mí! No hago merced á Dios sirviéndole religiosamente y con fidelidad; aun entonces soy siervo inútil, cumplo únicamente lo que debo, al paso que le hago agravio si no le sirvo religiosa y fielmente. Este motivo de necesidad tiene una razón poderosa hasta en aquellas cosas que parecen de encumbrada perfección si llego á conocerlas y Dios me impele á observarlas; pues si soy infiel en ellas y sordo al llamamiento de Dios es posible que me deje y abandone como infiel y desobediente.

Este motivo, que tiene siempre gran fuerza para determinar nuestra voluntad, debe emplearse singularmente en aquellas cosas que nos parecen más difíciles, y cuando el ánimo se halla entumecido por la pereza y espantado por las dificultades: en tales circunstancias principalmente debemos estimular y aguijonear el alma, por decirlo así, proponiéndonos las penas con que castiga Dios en el purgatorio y en el infierno; las amenazas de Dios mismo contra los tibios, á quienes arrojará de su boca, y los horrores de la muerte y del juicio.

He aquí, pues, como debe tratarse la pregunta acerca de los motivos que nos inducen á observar aquella doctrina práctica. Y es necesario meditarla con mucha detención, para que nuestra virtud no sea una virtud casual, fortuita y dependiente de circunstancias, sino una virtud sólida, apoyada en motivos fijos, de orden sobrenatural, bien conocidos y apreciados por el entendimiento. Creemos innecesario poner ejemplos en esta parte, pues la detenida aplicación que dejamos hecha basta para que de la doctrina

sentada podamos hacer aplicación á varias materias. Sigue ahora la explicación de la otra pregunta.

IX

¿CÓMO HE OBSERVADO HASTA AHORA ESTA DOCTRINA?

En este lugar comenzamos una especie de examen, preguntando á nuestra conciencia, cómo nos hemos portado hasta ahora respecto de la verdad que meditamos, dando gracias á Dios si hemos obrado conforme á ella; ó llenándonos en otro caso de íntima confusión y vergüenza, y mirando para el porvenir. Ni es cosa de creerlo con facilidad, aunque nos parezca haber observado bien la doctrina explicada, porque en esto suele engañarnos el amor propio y el escaso conocimiento de nosotros mismos, haciéndonos creer que hemos alcanzado alguna virtud, pensamiento para nosotros harto halagüeño. Acontece esto frecuentemente á los principiantes, que creyendo haber adquirido bastante luz acerca de alguna doctrina práctica, se persuaden que porque han divisado las razones y motivos de aquella la han conseguido ya, ínterin no se presenta ocasión de aplicarla, siendo así que están muy distantes de poseerla, como á menudo se lo enseña, con grave daño, una triste experiencia. Debemos, pues, procurar siempre nuestra humillación y confusión, condenándonos por no haber observado aquella doctrina, ó por haber hecho con sobrada imperfección, y de una manera muy distinta de la que de nosotros exigían las gracias recibidas de Dios. Será también oportuno examinar aquí las ocasiones y casos particulares, por los cuales se conoce principalmente el hábito de nuestra virtud ó de nuestros vicios. Si alguno se pregunta en general: ¿si ha despreciado el mundo, ó si actualmente lo desprecia? tal vez creará poderse responder afirmativamente; pero examine los sentimientos que en él mismo causan las burlas, los desprecios las humillaciones, el verse tratado con menos afabili-

dad y el oír que le echan en cara y reprenden sus defectos, y entonces se juzgará tal vez de muy diversa manera y deberá confesarse vanidoso y apegado al mundo, al que por consecuencia no desprecia como creía: tal vez lo propio sucederá cuando por el contrario examinase su comportamiento en los sucesos prósperos, lo que siente cuando le alaban ó cuando recibe señales de estimación, etc.: y si en estas circunstancias experimenta satisfacción, y complacencia interior, esté cierto que todavía no desprecia al mundo. De la misma manera podrá discurrir sobre la sensualidad y regalo del cuerpo, sobre las riquezas y bienes temporales, y en una palabra sobre todas las virtudes y vicios. Si nos contentamos con un examen general y de pura teoría, creeremos engañosamente haber vencido los vicios y alcanzado las virtudes; pero al descender al examen más particular y minucioso, nos hallaremos muy distantes de aquellos bienes. Así que el fruto que singularmente debemos proponernos en esta pregunta, es nuestro sincero conocimiento delante de Dios, para que así nos humillemos profundamente ante su divina Majestad, reprendiéndonos y condenándonos á nosotros mismos.

X

¿QUÉ HE DE HACER EN ADELANTE?

En esta parte el entendimiento debe averiguar y formar los buenos propósitos que debe abrazar luego la voluntad. También aquí es preciso descender á casos particulares, singularmente los que parecen ofrecer mayor dificultad, los que suceden con más frecuencia, y ante todo los que ocurren ó pueden ocurrir en el mismo día, discurriendo el cómo deberemos portarnos en ellos para obrar conforme á la verdad conocida: y no será fuera de propósito recordar otra vez los motivos antes considerados, para que se preste más fácilmente la voluntad y se inflame para la con-

secución de una generosa victoria. Creemos poder omitir ejemplos, porque con lo dicho antes, la materia se presenta inteligible.

XI

¿QUE IMPEDIMENTOS DEBO REMOVER?

¿QUE MEDIO DEBO ELEGIR?

¿Qué me ha impedido hasta ahora de observar esta doctrina? ¿Qué podrá ayudarme para guardarla mejor en lo sucesivo? Dificil es en esta parte dar conceptos generales, porque los impedimentos y los medios cambian según la diversidad de la materia sobre que se medita, y más todavía según la diversa índole de la persona que medita. Cada cual, pues, consideradas las ocasiones en las que suele incurrir, en los defectos ó pecados objeto de la meditación, deberá averiguar diligentemente ¿de dónde proviene este abuso? ¿qué le induce á cometerlo? Ni debe atribuirse todo á la ocasión; ciertamente en los pecados indeliberados, en los actos de sorpresa, debemos principalmente atender á las ocasiones para evitarlas; y por esto advertimos que los propósitos para la enmienda de faltas indeliberadas y de pecados impensados versan principalmente acerca de las ocasiones que debemos evitar: mas en los pecados que tienen su origen en nuestras pasiones (excepto los de impureza, que deben evitarse sólo con la fuga) no es tan necesario huir las ocasiones como velar sobre sí y vencerse animosamente. El iracundo, por ejemplo, no debe creer que sea obstáculo por la mansedumbre esta ó aquella persona que le molesta, este ó el otro suceso que le desagradan; pensarlo así fuera un error; esté persuadido de que él mismo, en su alma, lleva la pasión, y de que ésta es la que debe mortificar, y no huir las ocasiones.

Los impedimentos generales son tres principalmente: la soberbia, la sensualidad, y la disipación del ánimo. Contra estos tenemos tres medios generales también, la humildad

la victoria de sí mismo, ó sea la mortificación, y el recogimiento; á los cuales pueden añadirse como apéndice la presencia de Dios, el uso de jaculatorias, el frecuente recuerdo de los motivos que hemos notado en la meditación y por último el prevenir cuidadosamente nuestro espíritu, antes de entrar en las ocasiones en las que solemos caer frecuentemente: siendo de advertir que todos estos medios pueden comprenderse en uno de los tres generales que dejamos anunciados.

Basta lo dicho en general sobre los impedimentos y medios que respectivamente deben removerse ó adoptarse: por lo demás, cada cual podrá considerar atentamente, é implorando la luz de la divina gracia, lo que á él sirve de estorbo, lo que podrá servirle de remedio; y sin duda lo conocerá si le anima un buen deseo de aprovechar, puesto que le ilustrará la divina gracia, le darán consejo los superiores y directores, y se lo enseñará también la sana razón ilustrada por la fe. Tales son las preguntas en que podrá ejercitarse el entendimiento: si lo hace seriamente no le faltará materia sólida para meditar. Concluído el discurso sobre una de las verdades deducidas de la meditación, pasará á la segunda y á la tercera, y después á las demás, meditándolas todas ó algunas de ellas.

XII

CÓMO DEBE APLICARSE LA VOLUNTAD

Los actos de la voluntad en la meditación son dos: consiste el primero en excitar piadosos afectos, y el segundo en formar buenas resoluciones ó propósitos; y tan esenciales son estos dos actos, que sin ellos la meditación no será oración, sino una mera especulación, un simple estudio.

XIII

A F E C T O S

Lo primero que debe hacer la voluntad, según hemos dicho, es excitar *afectos piadosos*, ó bien ejercitar ciertos movimientos ó actos internos de varias virtudes. Tales afectos debemos procurarnos en todo el curso de la meditación, y deben ser muy frecuentes, como que de ellos depende principalmente que la meditación sea verdadera oración. El fuego de la gracia y del divino amor que debe siempre arder en nuestros corazones, sobre todo serán como nuevo combustible añadido para que se declare en amoroso incendio: *En mi meditación se avivará el fuego*. Si en la oración ocurre algún pensamiento de cosa maravillosa, cual lo son siempre las obras de Dios, de aquel nacerá en la voluntad el afecto de admiración. Se nos presentan los beneficios divinos; de ellos resultan los afectos de la ira divina ó de sus amenazas, y se siente entonces el temor, y así según la materia se experimentan distintos sentimientos. Cuando el que medita recuerda sus pecados y sus miserias, no dejará de sentir afectos de humillación, de confusión, de dolor, de súplica; etc.

Si se nos pregunta el modo de excitar estos afectos, téngase entendido que no deben para ello buscarse palabras hermosas y estudiadas. Los afectos no están en la lengua, sino en el corazón; ni debemos tratar con Dios como con los hombres, que no comprenden los sentimientos de nuestro corazón si no los expresamos con palabras. *Cuando oréis*, dice Nuestro Señor Jesucristo, *no digáis muchas palabras, como los paganos, que creen ser escuchados en su verbosidad*. Este aviso del divino Maestro parece convenir especialmente á la oración mental. Hay quien juzga que no puede haber afectos sentidos si no se expresan con hermosura y brillantez: como si se

lograse el favor de Dios con el peso de las palabras, como con ellas se logra el de los hombres: he aquí un error muy grave. El trato con Dios, dice San Agustín, *mejor se practica con gemidos que con discursos*. Y si bien á menudo en los Salmos y en otros pasajes de la sagrada Escritura se habla *de los clamores* dirigidos á Dios, se entienden regularmente no clamores de boca, sino de corazón, en cuanto son más ardientes los afectos. Sobre la materia habla larga y oportunamente, según costumbre, el P. Rodríguez, parte 1.^a, tratado 5.^o, cap. 12.—Bástanos decir aquí, que no debemos andar solícitos buscando palabras con que expresar nuestros sentimientos; éstos quedarán perfectamente expresados con el solo corazón, aun cuando no encontremos palabra alguna.—Es cierto que los afectos del corazón se fomentan y avivan cuando van expresados con palabras adecuadas; pero no es necesario que estas sean muchas ni muy buscadas, antes tenemos por mejor que sean pocas y sencillas, repitiéndolas con frecuencia y ponderándolas en nuestro espíritu.—Si para expresar el afecto ocurren palabras tomadas de la sagrada Escritura, ó de las oraciones que usa la Iglesia, ó de aquellas que se aplican para un objeto santo; en verdad serán éstas las mejores, porque tienen una unción especial y deben ser las más gratas á Dios. Manifestémoslo con ejemplos. Para expresar los afectos de gratitud movidos por la consideración de los divinos beneficios, ¿qué cosa más sencilla que decir con el Profeta: *¡Oh! ¿qué retribuiré al Señor por todo lo que me ha dado?* Si entre tanto recuerdo quien soy yo favorecido y quien es Dios bienhechor; *¿qué cosa...* diré entonces, *podré retribuir... yo... al Señor por tantos y tan singulares beneficios que me ha concedido?* Y ponderando luego la grandeza de los mismos beneficios, fácilmente se podrá avivar el afecto, repitiendo atenta y pausadamente las mismas palabras: *¿Qué retribuiré yo al Señor por todo lo que me ha dado?* Para fomentar el mismo afecto de

gratitud sirven también excelentemente aquellas palabras del patriarca Jacob, que comprenden una hermosísima acción de gracias: *Menor soy yo, Dios mío, que cualquiera de vuestras misericordias*, pues expresan un reconocimiento íntimo de la propia vileza, por la cual el hombre es indigno de que un Señor tan grande le mire siquiera, y comprenden además nuestra impotencia para dar gracias á Dios por la menor de sus misericordias. Menores somos que cualquiera de las misericordias divinas. Distintos textos pueden aplicarse para el mismo objeto, y si no ocurren otras palabras, podrás decir: *¡Oh Dios mío, os doy gracias!* y esto dicho de corazón será un buen afecto de gratitud, porque escrito está, que Dios no mira las palabras sino el corazón.—Al considerar la propia vileza, y para excitar afectos de humildad, ¿qué cosa más sencilla que decir: *¡Oh Señor, cierto que por todas partes soy indigno de parecer á vuestra vista?* Qué cosa más fácil recapacitando estas palabras, *parecer por todas partes á la vista de Dios*, que recordar los motivos por los que siendo cual soy, verdaderamente debo reputarme indignísimo de parecer ante los ojos de Dios, y así por este medio sostener y avivar el afecto de humildad! Para este fin pueden asimismo servir, en concepto de San Ignacio, aquellas otras palabras: *¡Qué soy en el cuerpo, sino un saco de basura y manjar de gusanos, y qué soy en el alma, sino una llaga hedionda y llena de postema, de donde ha manado y mana todavía tanta podre de pecados;* y estas fealdades las ofrezco siempre á los ojos de Dios! También podrán tomarse las palabras del Apocalipsis: *¡Oh, en verdad soy infeliz, pobre; miserable, ciego y desnudo!*—Y aun cuando no digas sino: *¡Oh cuán vil soy y abominable!* tendrás un afecto de humildad. No te pares en las palabras; procura, sí, que se interese el corazón.

Con facilidad pudieran reunirse muchas sentencias breves tomadas de la sagrada Escritura, de las colectas ó pre-

ces que usa la Iglesia, y de los dichos de los Santos, para excitar varios afectos; y hasta pudiera cada cual buscarlas y hacérselas familiares, repitiéndolas con frecuencia en la oración, cuando trate de promover el afecto que viene expresado en una sentencia dada. Y tal vez mejor las escogería cada uno por sí que no las recibiría buscadas por otros, porque no todas mueven á todos igualmente, y algunos experimentan en algunas mayor afecto y gusto que en otras. Los que recitan con atención las oraciones vocales, y leen con cuidado las cosas espirituales, muy fácilmente sabrán reunir las sentencias que se desean, para repetir las en la oración y excitar por este medio los afectos: lo que debe procurarse es que sean breves; que se aprecie y pondere bien su fuerza y espíritu, y que se hagan familiares. Ejemplos de muchos Santos confirman la utilidad de esta práctica.

No debemos omitir en este lugar una observación que recomienda San Ignacio, á saber: que cuando sentimos algún afecto lo fomentemos cuanto podamos, sin afanarnos para pasar á otros puntos presentados en la misma meditación, hasta quedar satisfechos: por ejemplo, en el afecto de humildad y conocimiento de la propia vileza deberemos repetir y ponderar la sentencia sobreexpresada: *Verdaderamente soy por todas partes indigno de parecer á la vista de Dios*, ú otra análoga, hasta que con profundo convencimiento y gusto espiritual sintamos lo propia indignidad, y se encienda este afecto en nuestro corazón; pues aun sin hacer otra cosa durante la hora de la meditación, sería ésta muy provechosa.—Cuando experimentamos que el sentimiento se debilita pasaremos á otro punto de los que se hubiesen propuesto.—Los afectos que no tiendan á la humildad ó desprecio de sí mismo, v. g., los de gozo, de confianza, etc., aun cuando puedan ser muy santos y provechosos, no obstante, como por ellos podemos sufrir más fácil ilusión, si aconteciere que en los mismos nos fijásemos por grande espacio, ó consumiése-